

*Sé a las mujeres querer
como a mi madre quería
es mujer la esposa mía
y otra mujer me dio el ser.*
(cuarteta del trovero José María Marín)

LA MUJER EN EL CAMPO DE CARTAGENA

Andrés Nieto Conesa

INTRODUCCIÓN

Cuando se hurga un poco en la idiosincrasia del género femenino, nos encontramos con que las condiciones en las que se ha desenvuelto su existencia, los problemas de los que ha conseguido salir con éxito y la acumulación de tareas que se ha visto obligada a desempeñar ensombrecen esa calificación peyorativa de sexo débil.

La mujer ha realizado su importante papel desde que el mundo es mundo. La dama prehistórica de la sierra del Algarrobo, de la Cueva Victoria o del Cabezo Gordo de Balsicas cuidaba de los hijos, encendía el fuego, cocinaba la carne de caza, limpiaba los moluscos y el pescado que el esposo traía, adoraba y temía a los Dioses, hacía utensilios rudimentarios y cerámica para la cocina, curtía y cosía las pieles, y procreaba sin medidas anticonceptivas fiables ni Centros de Planificación Familiar. A lo largo de la historia de los tiempos la mujer ha sido la protectora, la cuidadora, la que ha procurado mantener la familia reunida, y la que ha luchado hasta la muerte por salvar hacienda e hijos.

La mujer ha estado postergada, o quizás se ha dejado arrinconar premeditadamente, permitiendo al machismo imponer los cánones de conducta, al igual que sucede en pleno siglo XXI en numerosos países del cono sur, en los que vienen manteniéndose tradiciones, costumbres y usos sociales totalmente vejatorios para la mujer. Pienso que no es que la evolución y el progreso hayan hecho cambiar al hombre en cuanto a su consideración y respeto hacia la mujer, incluso es probable que en otras épocas fuese más la consideración con el sexo femenino que en la actualidad, ya que hoy todavía asistimos a escenas de malos tratos, a humillaciones y vejaciones impropias de sociedades avanzadas.



Curso de coser Singer. Años 30.

No es mi pretensión, en estas páginas, llevar a cabo una discriminación positiva de la mujer, pues entonces caeríamos en el temido feminismo, apartando al hombre del importante papel que ha desempeñado en múltiples sectores económicos, pero sí está en mi ánimo dejar patente que la mujer, y sobre todo la del ámbito campesino, ha luchado en demasía, ha sufrido más y ha sido, y lo continua siendo, un pilar fundamental en la economía y en el desarrollo sociocultural del medio rural. Si la mujer de la gran urbe estuvo alejada de la economía, de la política y la Universidad y del trabajo adecuadamente remunerado, nos podemos imaginar lo que sucedía con la mujer del medio rural, incluso en esa, todavía cercana, primera mitad del siglo XX. Su papel ha sido polifacético y su esfuerzo ha sido innegable por salir adelante, por mantener viva una esperanza de futuro.

LA MUJER NIÑA

Las primeras décadas del siglo XX eran de pobreza y miseria. El campo estaba arruinado y sólo sobrevivían relativamente bien algunas familias de la ciudad, los ricos mineros, los militares, terratenientes, comerciantes de los pueblos y profesionales liberales como el farmacéutico o el médico. Nacer mujer y en el medio rural no era precisamente una bendición. Seguía existiendo en la mentalidad campesina la cultura de que el varón es el que vale para trabajar y la mujer era para la casa, pero ese sentimiento no se correspondía con la realidad. Las hijas estaban para ayudar a la madre en las faenas domésticas y si era posible, casarlas cuanto antes, viendo también en ellas la esperanza del cuidado cuando la ancianidad de los

padres requiriese de su atención. A pesar de estos avatares, tal vez esta etapa infantil era la más agradable y reconfortante para el sexo femenino.

La niña de principios del siglo XX comenzaba a asistir con cierta regularidad al colegio o al menos a tener una instructora de clases particulares, porque anteriormente era más raro que recibiese ningún tipo de instrucción. En La Aljorra estaba la maestra Domingo, en Miranda la hija de D. Miguel, el maestro carlista y en El Jimenado la señorita Ochando, que ejercían de profesoras aficionadas, sin titulación. El interés de las Juntas de Protección a la Infancia y de algunas maestras y maestros, la ley de 1904 de Protección a la Infancia, la creación de escuelas graduadas y escuelas unitarias de niños y niñas, propició el que pudiesen recibir al menos una enseñanza elemental. En la escuela aprenden labores, llevan el bastidor y comienzan a bordar, aprenden normas de comportamiento y se les la enseña la doctrina católica, lectura y escritura. El catecismo del Padre Ripalda, Flora, la Buena Juanita, Lecciones de Cosas, la enciclopedia de Dalmau y el Álvarez serán los libros de lectura y aprendizaje.

En el recreo juegan al *corro Manolo*, a *saltar a la comba* y a la *palmada*. Con esos mofletes enrojecidos por el frío temprano de la mañana campesina y la cartera que le habían regalado los Reyes Magos, con la libreta de renglones y el "*plumier*" con unos cuantos lápices de colores de la marca Alpino. Para el desayuno, un crespillo, una onza de chocolate Supremo y un trozo de pan, y el vaso de latón para que le dieran en la escuela un poco de leche, porque la escasez de la posguerra, el raquitismo y la desnutrición, hicieron que se recibiese ayuda alimenticia del pueblo americano.

Las más pequeñas pasaban el día con los abuelos, pues normalmente la familia vivía al completo en la misma casa. Los abuelos maternos son cuidados por la madre, y las niñas viven sus experiencias y gustan de escuchar los relatos y vivencias de estos ancestros que llevaban más sabiduría en su pensamiento que muchos intelectuales. Los abuelos eran los estimuladores del desarrollo psicomotor de sus nietas. Cuando la niña regresa del colegio, teniendo que esquivar tan sólo el carro o la tartana, que andaba lenta por la carretera de piedra y tierra apisonada, la madre la manda a la tienda a comprar unos *tallicos* de perejil, o *cuarto* y *mitad* de calabaza para el potaje, o a la especiería a por un gramo de *salsafrán*.

Pocos juguetes tienen las pequeñas para divertirse: las Peponas, la Mariquita Pérez, los recortables de muñecas en papel coloreado, el caballo de cartón, el triciclo de fabricación artesanal, las fachadas de casas fabricadas en papel, los juguetes de hojalata..., pero el ingenio se les avivaba y hacían carretones con una caja y les ponían como ruedas las palas de las chumberas que recortaban en forma de círculo, o se hacían una casa imaginaria, mecían y contaban sus cosas a la muñeca de porcelana, y jugaban a hacer de madres, a lavar, planchar y tender algún resto de tejido que la madre les daba. Se entretenían con sencillas cunas de madera que el carpintero del pueblo les había hecho por encargo, o con artefactos fabricados con una caña y un alambre al que se le daba forma de volante en un extremo y con el que se hacían dos ruedas en el otro extremo.

Cuando salen por la tarde de la escuela, se juntan con otras amigas y juegan a *las tres en raya*, a *la gallinica ciega*, a *saltar a la patica coja*, a *tataramusa*, a *la cuchillo carnicero*. Enseguida se hace de noche, sobre todo en invierno, y se recogen en la casa. Hacen los deberes en el comedor o en la cocina, donde se está más abrigado, mientras que la madre

prepara la cena. La niña se duerme pronto, no hay televisión, en la silla de anea, y mientras que los párpados se le cierran, la madre les recita algún chascarrillo, dejando a medias la frase para que la niña la termine en su infantil lenguaje:

*Había una vez un vieje..cico,
que estaba ce..nando
y se le apagó el can..dil
y no tenía por donde..salir
y salió por la chime..nea
por donde el gatico.. mea,
y fue a ca su.. tío
y le pidió la.. jaca
pa ir a Cara..vaca
y de Caravaca a.. Roma
y se encontró una.. mona
y como era tan va..liente
se tiró un.. ! pum !
y le derribó los di..entes.*

Los abuelos les estimulaban con juegos, como: *al paso, al paso, al trote, al trote, al galope, al galope*, o cogían a la niña por el brazo y con la mano iban simulando cortes, provocando las carcajadas infantiles. Les decían: *si tu madre te manda a por carne, que no te den por aquí, ni por aquí, ni por aquí, ni por aquí...* subiendo a lo largo del antebrazo y brazo de la niña hasta llegar a la axila y hacerle cosquillas. Miles de historias eran repetidas día tras día, noche tras noche: el tío *sainero*, el tío del saco, fantasmas que rondaban por los alrededores, húngaros que robaban niños y les sacaban la sangre, muertos que salían de los cementerios, fuegos fatuos, y el relato de los cuentos clásicos de Perrault, de Calleja, de Blancanieves, Caperucita, Hansel y Gretel, fábulas de Iriarte y Samaniego y otras historias sacadas de la noche de los tiempos.

A las niñas se les ocultaba casi todo. No se les hablaba de sexualidad, ni de pujanza económica de la familia, ni del parto de un hermano o de chismorreos de los vecinos, y no se les dejaba que presenciaran la muerte o el entierro de alguno de los abuelos. Estaban en su pura y casta inocencia, pensando en la cigüeña, en los Reyes Magos de Oriente, en la fijación de unos valores tradicionales y sobre todo inmersas en la dualidad: el bien-el mal. Todos los libros de esa época, todas las poesías y fábulas, tenían por misión enaltecer valores e inculcarles la honradez, la solidaridad, la caridad, el respeto a los mayores y ancianos, las buenas obras, con su correspondiente premio, y desaconsejando la desviación insana que llevaba aparejada siempre su fatalista y merecido castigo.

Eran niñas atemorizadas ante Dios, ante la vida y ante los hombres, que poco a poco iban aprendiendo secretos e incógnitas de la vida que les esperaba en su desarrollo futuro. El acontecimiento más grande en la vida de una niña de esa época era la Primera Comuni3n. Eran preparadas por las maestras y por el cura párroco en la catequesis, enseñándoles el catecismo, la doctrina sagrada y otras reglas. Era una gran fiesta la Primera Comuni3n, sobre todo religiosa, porque a nivel lúdico el festejo consistía en un escueto desayuno, una

taza de chocolate con un bollo, del cual participaban unas pocas amigas y algunos familiares cercanos. Los regalos recibidos iban acorde con la sencillez de los actos: un poco de dinero procedente de los tíos y primos, de los padrinos y vecinos, alguna medalla o cadena de oro y algún libro de cuentos.

No se les hablaba de que a determinada edad iban a ser mujeres, pues ya se les diría algo cuando tal evento tuviese lugar. Lo poco que se sabía de lo prohibido era a través de conversaciones entre amigas y por captaciones a escondidas de frases procedentes de las hermanas mayores o de los adultos. Pronto comenzaban a bordar en la casa, a coser, a remendar, a hacerse los primeros pañuelos, a iniciarse en las artes de la aguja y el bastidor. Pero la niña de entonces era ya una *mocica* con tan sólo nueve o diez años y ella es la que se encargaba de cuidar a los hermanos menores, de asearlos y peinarlos, prepararles el desayuno y tomarles las lecciones del día siguiente; le ponía el dictado y las cuentas de sumar y restar. Además se hacía cargo de las tareas de limpieza de la casa cuando la madre estaba enferma o si había algún pequeño al que la madre debía de amamantar.

Si la familia era pudiente la niña seguía en la escuela hasta los catorce años, pero si eran algo pobres pronto tendría que irse a servir, bien a la casa de la señora marquesa, del terrateniente, del alcalde pedáneo, del farmacéutico o del médico. Allí permanecía hasta que se echaba un novio y se casaba. También ayudaban en las tareas del corral, guardando pavos y ovejas, echando de comer a las gallinas y cogiendo hierba para los conejos. Se encargaban de los recados, de hacer la compra, de barrer y fregar, de poner la mesa. Es muy raro que tuviese acceso a la educación secundaria y mucho menos a la Universidad. Las pocas mujeres estudiantes de la época se inclinaban por el magisterio o la enfermería, y normalmente su procedencia era de la ciudad. Al menos hasta la generación de los años 50 del siglo XX, era rarísimo que alguna joven campesina iniciara estudios de bachiller o carrera universitaria, y si alguna lo intentaba iba para maestra, enfermera o religiosa. Algunas mujeres de Fuente Álamo, por ejemplo, hicieron carrera universitaria de farmacia, pero eso era algo excepcional, al igual que la profesión de matrona.

La niña del pueblo observaba con admiración las viviendas de algunas familias acaudaladas que venían a pasar las temporadas de verano desde Cartagena, Murcia o Madrid. Residencias con ornamentados jardines, fuentes de azulejos, lujosos interiores decorados con azulejos de Manises, donde no faltaba el piano, la gramola y sofás de estilo isabelino. Ella veía bajarse, del elegante serré o de los primeros automóviles, a las hijas de los señoritos, vestidas con trajes de moda, portando baúles que guardaban preciosas muñecas y otros juguetes. Era un mundo que estaba lejos de sus posibilidades y sólo podía pararse a admirarlo, a hurtadillas. Ella era una niña de campo, poco considerada y mirada por encima del hombro por las niñas de la ciudad.

Era una niña a la que le asustaban esas viejas hurañas que vivían solitarias y que, según contaban las vecinas, hablaban con los espíritus, contactando con el alma del marido que murió hacía tiempo. Y se asustaban de los personajes insólitos que deambulaban por los pueblos, mendigos harapientos que vivían bajo los puentes o en un casucho abandonado. Se atemorizaban cuando oían a los mayores decir que *el tío fulano* se había tirado a la balsa o se lo habían encontrado ahorcado, colgando de una rama de *garrofero* o de higuera. Se

asustaban ante la locura de algunos vecinos que habían estado internados en el *manicomio* y salían con permiso de vez en cuando, y se atemorizaba cada vez que la madre le decía que si se comportaba mal la iba a meter interna en un correccional.

Todo era temor, miedo y respeto: la Guardia Civil, el celador, el cura, el médico, el maestro, el padre, todos le daban miedo. Se le asustaba con *los fantasmas* y las almas en pena, que aseguraban que en la noche de los difuntos iban errantes por los caminos (algunas mujeres hacían promesas de vestirse con una sábana blanca y salir de noche arrastrando una cadena atada a los pies). O cuando la madre preparaba las mejores ropas del hogar, sábanas, cobertores y colchas, para arreglar la cama el día de Ánimas, esperando que esa noche volvieran las ánimas del Purgatorio, los familiares difuntos, a su domicilio. Sentían escalofríos en las noches de verano, sentadas al fresco a la puerta de la casa, con la tenue luz del quinqué de petróleo en *la porchá*, mirando al horizonte oscuro y tenebroso.

Se les advertía que tuviesen cuidado con los sapos pues, si escupían, su saliva era venenosa y podían morir; o con las sanguijuelas del agua de los pozos artesianos, de las balsas y acequias, porque si bebían de ese agua se les podían quedar *pegadas en el cielo de la boca* y esos bichos comerían de su sangre. Se les precavía sobre los murciélagos, que eran como vampiros que mordían en el cuello y chupaban la sangre. Se les advertía sobre los perros vagabundos porque podían estar rabiosos y la mordedura podría ser mortal. Las culebras se alimentaban de las mujeres que estaban lactando; la picadura de los alacranes y tarántulas era venenosa y mortal. Estaban ante un mundo de horripilantes animales y demoníacos habitantes, duendes y gnomos. Parecía que no se había pasado del oscuro tenebrismo del medievo. La madre compraba a ciegos y mendigos, que venían pidiendo por las casas, unos folletos que contenían macabros relatos de crímenes horrendos y desgraciados sucesos ocurridos a jóvenes y niñas en otros pueblos, y eran leídos en familia, con expectante atención.

Pero junto a esta inculcación de temores y miedos, que para algo servía, se les hacía vivir en ese mundo fantástico de los cuentos clásicos como Blancanieves o Caperucita Roja y se les entretenía con adagios, trabalenguas, dichos y otras chirigotas, que eran contadas por los padres y abuelos. Ejemplo de esto es el *Vamos a contar mentiras*, del que existen muchas versiones, alguna de las cuáles decía así:

*Por el mar corren las liebres,
por el monte las sardinas,
por los bancales los peces,
los pillan con almiércoles,
y los llevan a vender
al pie de una rica torre
donde hay un río que no corre
por falta de unos zapatos,
yo vi una pelea de gatos
peleándose por un surco
y del surco nacía trigo
para comer toda España*

*y he visto tejer una araña
 un lienzo para cien soldados
 y he visto una casa rota
 atada con dos espartos
 y tirando dos lagartos
 con la ayuda de un ratón
 y he visto una procesión
 de tábanos y mosquitos
 y una vieja dando gritos
 ¡que se me quema la casa!
 vieja para qué dices eso,
 que no se te quema nada.*

Los juegos de trabalenguas eran muy utilizados y se decían algunos como los siguientes:

La perra del Parra se quiere comer la parra del Guerra. Si la perra del Parra no se hubiese comido la parra del Guerra, el Guerra no le hubiera dado con la porra a la perra.

A veces les contaban coplas populares:

*Nicolás tenía una cabra
 y la quería matar
 y su padre le decía*

*por la leche, Nicolás,
 por la leche, Nicolás.*

*Lagartijo tiene un hijo
 y lo quieren hacer fraile
 y su hijo quiere ser
 torero como su padre.*

*José se llamaba el padre
 y Josefa la mujer
 y un hijito que tenían
 también se llama José*

*-De donde eres?
 - de sorbitón,
 - de allí es mi padre
 -de allí es mi madre
 - de allí soy yo.*

Otra diversión consistía hacerles rabiarse contándole cuentos como *el de la pipa rota*. El abuelo decía: *¿quieres que te cuente el cuento de la pipa rota?* Y la niña respondía: *Si*. El abuelo volvía a decir: *Yo no te he dicho que digas que sí, te digo que si quieres que te cuente*

el cuento de la pipa rota, y así sucesivamente, por lo que el relato terminaba con llanto y pataleo. También les contaban *el cuento de María Sarmiento*, que era una mujer que se fue a hacer sus necesidades y se la llevó el viento. Todas las noches, la madre le hacía rezar alguna oración al acostarse: *Cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos que me la guardan. Ángel de la Guarda, dulce compañía, no me dejes sola, que me perdería.*

Era un acontecimiento la llegada de los carromatos de *los húngaros*, que traían algunos animales y hacían números circenses. Los circos recorrían los pueblos, instalándose en las eras y ejidos. Y sobre todo el célebre payaso *Regaeras*, que procedía de la localidad de Corvera y recorrió todos los rincones del campo cartagenero con sus célebres zapatones, que hacía girar sobre el tacón. Las niñas jugaban con muñecos de barro que la madre compraba o cambiaba al tío traperero por ropas viejas. Se divertían con los muñecos de cartón que bailaban al tirarles de un hilo, moviendo brazos y piernas, como los que hacía Antonio *el de los muñequitos*, que los vendía en todas las fiestas populares, desde la Magdalena y la Aljorra hasta los Alcázares. Las niñas disfrutaban, los domingos y días festivos, comprándose un cartucho de pipas de un cuarto de real, o un cuerno de merengue del tío Cirilo Yepes, el confitero de la Aljorra, que estaba con su puesto de torraos, medias lunas y otros dulces en todas las fiestas de los contornos, o en el puesto de la *torraera* de Pozo Estrecho.

La niña campesina se sentía muy niña, pero al mismo tiempo se sentía muy mujer, inmersa en una infancia de escasez, de enfermedad, de orfandad muchas veces, de asistir a miserias y calamidades, o de ver acortada su vida por la gripe de 1917, por la tuberculosis, la difteria o el sarampión.

LA MUJER ADOLESCENTE

Las niñas de entonces maduraban rápidas, habían acumulado demasiadas experiencias negativas y demasiado sentido de la responsabilidad. Tienen el miedo de su adolescencia, porque ellas se lo resuelven solas, porque los padres no explican ni hay escuela de sexualidad ni talleres monitorizados. Los primeros escauceos amorosos con los jóvenes del lugar se limitan a miradas, sonrisas acompañadas de gestos de timidez, y muchos pensamientos, aunque tenían presente que pecar podía serlo de pensamiento, palabra, obra y omisión. La virginidad, el pudor, la candidez, estaban muy metidas dentro de su subconsciente. Ya se encargaba el párroco de predicarlo desde el púlpito todos los domingos y fiestas de guardar y la maestra de inculcarlo en el colegio.

También asistían al rosario de la aurora. El demonio siempre estaba provocando, y la joven debía de estar alerta y resistir todos los embates de las tentaciones. El sacerdote tocaba las campanas y cantaba al amanecer: *Viva María, muera el pecado, y viva Jesucristo Sacramentado. El demonio al oído te está diciendo, no reces el rosario, sigue durmiendo. Las cuentas del Rosario son escaleras, para subir al cielo las almas buenas.* Asistían a misa con el velo y la rebecca o chaquetilla, pues era sacrilegio el que no llevasen medias, o que se viesen las rodillas, o los brazos no estuviesen cubiertos. Las tentaciones, la falta de respeto



Carrera de cintas a caballo. 1927.

en la casa de Dios. Ellas se fueron forjando en ese espíritu de cristiandad, en ese reservarse para el matrimonio, en esa castidad imbuida por el temor.

No podían asistir a películas de cine aptas para mayores, que incluso eran clasificadas para *mayores con reparos*, mayores de 21 años, que ya es ser mayor. Joselito en el Pequeño ruiseñor, Sissí emperatriz, Dónde vas Alfonso XII, Marisol, Antonio Molina y el Pescador de coplas, Marcelino pan y vino, Morena Clara, Jorge Mistral, Carmen Sevilla, Miguel Ligeró. Eran dramáticos melodramas en que los protagonistas malos siempre encontraban su castigo.

Pero inevitablemente surgía el amor y con él venía la ronda del admirador, que intentaba encontrarse con la joven a la salida de la escuela, o cuando se dirigía a las clases de Corte y Confección, en el atrio de la ermita a la salida de la misa de doce, en el paseo por la carretera o por la calle principal del pueblo, cuando cogida del brazo de otras amigas, en grupo numeroso caminaban ocupando la calzada de lado a lado, por el recinto de las fiestas, calle arriba y calle abajo, cruzándose las miradas o girando la cabeza hacia otro lado como desagravio, e incluso obligando a las amigas a dar la vuelta para no tropezarse con alguno que la pretendía pero a ella no le terminaba de agradar.

La forma de conocerse, de acercarse y relacionarse era en los bailes de la verbena, o en casa de alguna amiga, cuando se celebraba alguna reunión. La madre, y sobre todo el padre, si se enteraba de que hablaba con tal o cual muchacho le reprendería y castigaría con dureza, porque el joven no era de buena familia, o porque no se le conocía oficio. *Dicen que su padre era un gandul, un tiraó, o que le daba mala vida a su mujer*, eran las expresiones usuales para quitarle el interés a la joven por un determinado mozo. Saber los antecedentes del muchacho era fundamental para que los padres consintieran la relación de su hija. ¿Quién era la familia? ¿En qué trabajaba el padre? ¿Cómo era la reputación?, eran factores trascendentales en la permisividad del noviazgo.

En las casas particulares se reunían las jóvenes a jugar a *las prendas, al anillico, a echar los años*, y allí se hacían parejas o se intentaba que saliese emparejado el chico que gus-

taba a la joven. En la plaza de la ermita se hacían los *bailes de piñata* y *los de pujas*. Los mozos apostaban una cantidad de dinero para poder bailar con la que le gustaba, y otro mozo (a veces el padre de la muchacha) pujaba más alto para evitarlo. En *las carreras de cintas a caballo o en bicicleta*, el chico daba vueltas con su caballo y le preguntaba a la que pretendía de qué color era su cinta, para ganarla y que ella le pusiera, ceñido al pecho, el pañuelo que había bordado. La banda de música sonaba cuando el joven lograba enfilarse con su palillo el aro de la cinta enrollada en el carrete, y algunos lucían orgullosos varios pañuelos de distintas jóvenes. Las mujeres bordaban primorosamente sus pañuelos para la carrera de cintas.

El pretendiente hablaba con la joven en las esquinas, cuando ella salía a la compra, o bien se hacía acompañar por alguna amiga, o se ponían caminando al lado en el paseo de los domingos por la carretera, o se sentaban cerca en la verbena, pero con suma discreción, pues la joven no bailaba con él, aunque éste se acercara con toda cortesía y educación a pedirle baile, ya que la madre permanecía en la parte de atrás, mirando cualquier movimiento, y ella era la que debía dar el consentimiento de si podía bailar o no. Además, entre los hombres, cuando tenían intenciones de hacerse novia de alguna chica, solían decir: *esa no ha bailao con ningún hombre*, como sinónimo de honradez y buena muchacha.

Pocas distracciones tenían las jóvenes de la época, oír los seriales radiados cuando la radio a transistores entró en alguna de las casas con más poderío. Ama Rosa, seriales de Guillermo Sautier Casaseca, dramas de protagonistas ciegas, paráliticas, de amores imposibles. También se leían novelas por entregas, novelas que hablaban de sacerdotes tentados, de bandidos generosos, de damiselas enamoradas, como *Juan de Dios el médico de los pobres*, *Juan León el rey de la Serranía*, *Genoveva de Brabante* o *Diego Corrientes el ladrón de Andalucía*, el que a los ricos robaba y a los pobres socorría. Las jóvenes tenían sus galanes de moda, Bogart, Jorge Mistral, Sinatra, Gark Gable, Rock Hudson, Tony Curtis, y suspiraban por ellos. Las canciones de moda fueron evolucionando desde las cupletistas hasta los italianos. La niña de la Puebla, Imperio Argentina, Marifé de Triana, Luis Mariano, Angeliello, Farina, Antonio Molina, Jorge Negrete, Antonio Machín, Renato Carosone, Domenico Modugno. La zarzuela, el folclore regional murciano, el pasodoble, el tango, la mazurka, la polka, el vals, eran músicas de estas épocas. Pero los bailes solían hacerse, cuando eran *agarrados*, en parejas de mujeres. Se bailaba con el hombre una vez casados.

Desde muy pequeña la adolescente campesina se borda su ajuar: mantelerías, sábanas, pañuelos, fundas de almohadas, camisones de dormir, porque la madre la había *apuntado* con alguna profesora de corte y confección del pueblo. Aprende a hacer ganchillo y encajes de bolillo, a remendar, a zurcir calcetines y medias, a coser botones, a hacer ojales. La preparaban para un futuro en que la mujer tenía que hacérselo todo en casa, porque si no dirían las gentes de ella, que era una *desastrá*, que *no valía ni pa tacos de escopeta*.

Se divierten como pueden, con el ingenio. Juegan a *echar los años*, en vísperas de Año Nuevo, escribiendo en papeles los nombres de mozos y mozas, y anotando unos refranes o frases en otros papeles. El día de Nochevieja se emparejan los papeles con los nombres de chicos y chicas, y se adjudica a cada pareja un refrán, a veces con muy malas intenciones. También se divierten con *la inocentá*, o con *el torico San Marcos*, juego en el que se pedía

dinero y se enseñaba después un toro pintado en un papel, diciendo: *el torico San Marcos paga*. Durante la cuaresma, que no había bailes ni se podía cantar ni escuchar la radio, se jugaba a *las prendas, al anillico, a las cartas, a las damas o al parchís*.

Fiestas ha habido y *por tó lo alto*, como se dice en el campo. Las carreras de cintas a caballo o en bicicleta para conseguir los pañuelos bordados, las veladas teatrales, la elección de reina y damas de honor. A veces se producía el rechazo de algunas mozas a ser nombradas como reina o dama de las fiestas, bien porque inicialmente los organizadores no se acordaron de ellas y al ser rechazado tal ofrecimiento por otras acudían a buscarles, o bien por que los padres, con la severidad de aquellos años, no dejaban que su hija se manifestase en público y estuviese *en boca de tós*, aunque fuese *pa bueno*. Los novios celosos tampoco dejaban, *así como así*, que su novia se entregase a lucirse y ser admirada por los ojos de otros mozos.

Esta era la escasa diversión de la época. Acudir al casino, a los bailes de la verbena, acompañados por *la carabina* (hermano o hermana pequeña, madre de la muchacha) para vigilar que el honor familiar siempre quedase en buen lugar. Por eso se llevaban a la novia, para huir de la imposibilidad de cualquier manifestación amorosa o porque los padres de la chica no consentían esa relación, y a veces porque la economía familiar no daba para dispendios excesivos, evitando así gran parte del gasto nupcial. Las visitas a la novia eran dos veces a la semana (normalmente, miércoles y domingo), y el resto del tiempo se escribían algunas cartas, si es que sabían escribir.

El mozo terminaba la faena, como jornalero o peón, a veces ayudando al padre en las tareas agrícolas, y los sábados por la noche, bien peinado, con brillantina, y con el hato más limpio y nuevo, se iba a galantear a la puerta de la casa de la novia, aunque cayeran *chuzos de punta*, porque el novio no entraba en la casa hasta que no hablase con el padre de la novia.

Tenía que pedir permiso para cortejarla y para sentarse en la casa. Después de varios años de noviazgo, si el padre consentía, el joven podía pasar al comedor o al recibidor de la vivienda de la novia, donde estaban los maceteros, el perchero, el espejo, los cuadros con retratos de artistas del cuplé, fotos de las bodas familiares, algún almanaque del Sagrado Corazón de Jesús o de la patrona de la parroquia. Además solía exhibirse alguna muestra de la habilidad del ama de casa, como una especie de neceser para *el cepillo de la ropa*, confeccionado en soporte rígido y seda bordada. Otras veces se mostraba algún cuadro con una labor en punto de cruz, que la abuela había bordado de niña, y en el que figuraba el nombre de la autora y el año en que lo realizó.

La decoración era escueta: almanaques de diseño de tiendas famosas de Cartagena o de Murcia, la escupidera de cerámica en uno de los rincones del recibidor, una mesita en el centro con la maceta de *alhábega* más vistosa, y las sillas de anea o de rejilla. La madre permanecía sentada, cosiendo o remendando en la cocina, con la puerta bien abierta, y vigilaba atentamente los movimientos de los novios, interrumpiendo cualquier intento de acercamiento peligroso, bien con un movimiento de su silla o con un leve carraspeo que más que producto de faringitis y afonía era un toque de atención. Ni una palabra se cruzaba entre suegra y yerno, si acaso el saludo, mientras tanto el padre escuchaba la radio, dormitaba a

pierna suelta, o se había ido a echar una partida de dominó con los amigos en el ventorri- llo. Para hacer saber que una joven le gustaba, el pretendiente se paseaba una y otra vez, andando o a caballo, por la puerta de la casa de la joven, incluso a veces tiraba el sombrero y si la joven lo recogía era que aceptaba el noviazgo y si ésta se lo volvía a lanzar o no le hacía caso significaba que le despreciaba.

El día de la Cruz, el 3 de mayo, los mozos iban con unos botes de almagra y pintaban una Cruz en la fachada de la casa de la joven que les gustaba y a veces dejaban una cruz de madera con alguna nota anónima, pero que la joven solía conocer de quién procedía. A las mozas que no les gustaban, o eran algo ariscas o *frescotas*, les colocaban un *pencón* de chumbera. Las jóvenes recogían flores por los jardines de las vecinas y con ellas enramaban la Cruz (en el Estrecho, en el Cabezo Gordo de Balsicas). El día de San Antón se guardaba el *rollico* bendecido en el lugar donde se tenía el dinero o en la cocina, lo que significaba buena suerte y abundancia económica para la familia. Asistían con alegría a la rifa de las palomas el día de la Candelaria en El Jimenado, o se encargaban de echarle los desperdicios al *chino de San Francisco*, como es habitual en la pedanía fuentealamera de Los Cánovas.

Era una adolescente sufridora, tal vez con las mismas pasiones y temores que las ado- lescentes de cualquier época histórica, pero a la que el hombre admiraba por su belleza, su honradez y su arte en las labores del hogar. Era una adolescente preparada para el sacrificio, para cuidar esposo, padres e hijos, para dar a luz sin anestesia epidural, para procrear y alimentar al pecho a casi una decena de hijos y para ver cómo la parca se llevaba a veces al esposo y a los más pequeños, sin que estuviese en sus manos el remedio para evitarlo.

LA MUJER COMO ESPOSA Y MADRE

El irse de la casa paterna no significaba una liberación para la mujer. Se introducía en una nueva vida, pero a veces de mayor sacrificio, porque ahora era ella la que tendría que sacar adelante la casa y los hijos y *apencar* con el marido, que no siempre *salía bueno*. Las hembras de la familia eran incluso infradotadas en las particiones de la herencia, pues el negocio familiar, la tienda, las bestias y carruajes, los aparejos, las tierras y la casa de labor pasaban a los varones, que continuaban en el trabajo agrícola o en el comercio. A las hijas se les dejaba escasamente su estricta legítima pero sin mejora, incluyendo algo del mobiliario como las arcas o el armario ropero, algunas fuentes de cerámica cartagenera de la Amistad o de la Cartuja de Sevilla, cobertores, etc.

Atender al marido, y que todo lo tenga a punto, era la meta última de la mujer campesina. El hombre debe estar contento y satisfecho. La mujer debe cumplir en la cocina y en el lecho. Hay que ser amante, madre, esposa, cocinera y médico, decían algunas de las mujeres de nuestros pueblos, en referencia a la relación con *su hombre*. Es necesario que el marido tenga ropa limpia y el hato del trabajo preparado, y que *el arreglo de comida (arreglar la capaza)* esté en su punto y hora. Además al hombre de campo no le gusta que su esposa salga a trabajar fuera, el hogar es lo suyo. La limpieza, la cocina, el lavar, la educación de los hijos, es a lo que debía dedicarse en cuerpo y alma la mujer campesina, y sobre todo al

marido, que era el cabeza de familia, el que necesitaba de todas las atenciones porque se pasaba el día trabajando de sol a sol para aportar el dinero necesario para el mantenimiento de la casa. Además a ella no le habían enseñado otra cosa, lo mismo que su abuela hizo con su madre.

Hay que aguantar las borracheras del marido, la afición al juego y el ver cómo se le va el poco patrimonio monetario de que disponen. Le riñe por jugar demasiado a la lotería, pero tiene que soportar el malhumor de los desastres económicos (los malos tiempos), que por desgracia son habituales en el campo. Y aguanta insultos, golpes y malos tratos, porque está mal visto que se separe, y además ¿dónde va a ir ella sin el sueldo del marido?

Si llueve y hay buena cosecha de cereales, o si se vendieron bien las reses en el mercado de Fuente Álamo, entonces comparte la alegría del esposo. Pero siempre sumergida en la duda de los ingresos económicos, haciendo números para ahorrar, guardar para el mañana, para la enfermedad, por si el hombre *cae malo y se encama*. No hay seguros sociales ni retiro obrero, no hay medios para soportar una larga enfermedad. Por eso le dice al médico o al boticario que ya les pagará, cuando venda los conejos o los huevos de las gallinas, y en la tienda le apuntan los motes de los garbanzos y judías, y el azúcar que se lleva, que tiene que comprar fiado, porque el marido no ha echado jornales al estar lloviendo durante varias semanas. Un día tras otro en esa situación le hace cavilar, cuando se acuesta rendida en la cama de palillos que heredó de la abuela, mientras que su esposo ronca plácidamente. La mujer siempre piensa, da vueltas y más vueltas a las cosas: la enfermedad del hijo, el pretendiente de la hija, las ausencias del marido, las peleas familiares por la herencia, las cosas que hacen falta en la casa, el ajuar para la boda de *la zagala*.

Coge los niños, alguno de ellos todavía de brazos, y camina andando varios kilómetros para acercarse a ver a sus padres que viven en el caserío lejano. Y camina por las sendas y veredas, polvorientas o *embarruntadas* por las lluvias, para llevarles la comida y asistir a la madre que ya está anciana y no puede hacerse las faenas de la casa.

Si el marido está ausente, no se sale de la casa ni se va a fiestas ni bailes. El padre está trabajando y remuerde la conciencia que los demás estén divirtiéndose. Y se queda viuda y sabe lo que es la pobreza. Por eso, si todavía es joven, a veces busca otro marido que la proteja, que le ayude económicamente y a sacar a los hijos adelante. No toma permisos por maternidad ni antes de dar a luz ni después, porque los derechos sociales no existen ni para los hombres. Es ayudada en el parto por la madre o por la suegra, o por las hijas mayores o las vecinas, pero hasta que está a punto de dar a luz sigue de pie, haciendo las tareas del hogar y del campo, y no espera la cuarentena para proseguir esas tareas, y hasta se lleva al *pequeñajo* al bancal para darle de mamar en un descanso de la faena de coger los *péssoles*.

La mujer de campo ha sentido bastante afición por la medicina, en parte porque hasta allí no llegaban los avances de la ciencia y porque la mayoría de pueblos estaban al cuidado de un barbero-practicante o de una comadrona aficionada. Por eso se transmitían entre vecinas los conocimientos y remedios para las distintas dolencias. Ha ejercido el papel de enfermera, tanto para el marido, como para los hijos y abuelos. Ella es la que aprende a quitar el *aliacán* y el *mal de ojo*, con sus rezos y vertiendo el aceite en un vaso de agua; ritual que le habían enseñado un día de Viernes Santo. Sabe preparar los cocimientos de malvavisco, las

tisanas de tila y melisa, pone fomentos calientes de manteca para las torceduras de pies y afecciones de garganta y pasa un tallo de romero por los ojos del niño con sarampión.

Habitualmente no lleva medias de seda, porque eso es propio de señoritas de alterne, ni suele hablar con hombres por la calle porque está mal visto. La mujer no vota en las elecciones, y los censos electorales son sólo de hombres mayores de edad. No entra en los casinos, al menos en las salas de juego, ni acude sola a los bares o ventorrillos en ningún caso.

Ella es la que reza a Santa Bárbara cuando hay tormenta, “*Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita, con papel y agua bendita, y en el ara de la Cruz, Padre Nuestro, Amen Jesús*”. Se santiguan cada vez que se ve el destello de un relámpago o suena el *bramor* de un trueno. Ella es la que pone la palmatoria y enciende la vela, para alumbrar a las Santas Ánimas del Purgatorio el día de los difuntos. Ella espera al hijo y al marido que se fueron al frente en la guerra civil, y la que sufre cuando vienen los milicianos a llevarse al marido o al hijo para darles *el pasello*, o cuando le encarcelaron al marido porque dicen que era “*rojo*”.

Ejercen como curanderas y saludadoras, como la tía Benigna de la Puebla, que curaba las mordeduras de perros rabiosos, o Juana Ángel Blaya la Bibiana, en la Aljorra, que curaba las dolencias de columna (lumbagos) pasando la mano y rezando unas oraciones.

Cuando se le muere alguna hija, lee y releo los versos que le ha hecho el esposo o algún aficionado, cómo estos recogidos en el libro sobre la Puebla de Juan Montoya:

*En el human vergel
eres tierna y linda rosa
y en forma de mariposa
la muerte libó tu miel
Tu cáliz naciente y fiel
se quedó seco enseguida
bien llorada y bien sentida
con suspiros lastimeros
serás por los jardineros
que cuidaron de tu vida.*

La mujer campesina es una esposa sacrificada, enfermera y cuidadora, lavandera y planchadora, cocinera y tejedora. Su vida está dedicada a los demás, para ella queda poco tiempo. Ella es la última en cenar, en irse a dormir, y la primera en estar arriba. Toda la vida familiar transcurre bajo su atenta mirada y control. Ella se guarda sus sentimientos de alegría y tristeza, porque su vida está en un segundo plano.

LA MUJER COMO AMA DE CASA

Es ahorradora y previsora. Sus gastos son regulares, los festejos son fijos, su vida es austera y regular, siguiendo el almanaque al pie de la letra. Se trabaja los días laborables, que en el campo eran casi siete a la semana, y se divierte los días festivos, que son contados: las tardes del domingo, y los señalados como fiestas religiosas, sobre todo la Navidad. Es sobre todo ama de casa, porque está obligada a ello. Está comprometida con mantener todo

en orden para que los hijos puedan asistir al colegio, para que vayan aseados, para que el marido se encuentre a gusto.

Se pasan el día cocinando. Ojean su libreta de recetas caseras, transmitidas de abuelas a madres, y saben preparar el arroz con leche, distribuido en los platos y fuentes de la fábrica de cerámica “la Amistad” del barrio de Santa Lucía, o en la vajilla de la fábrica de la Cartuja de Sevilla. Los buñuelos, el brazo gitano, las flores bañadas en miel, las galletas rellenas de flan y fritas en aceite, el guiso de pavo con pelotas rellenas, las migas *ruleras* o el estofado, son especialidades que saben hacer como nadie.

Guisa en la cocina de leña, en aquellas cocinas de campana, con la olla puesta sobre los hierros, en las brasas, a fuego lento, para que el potaje y la olla gitana se cuezan reposadamente. Tiene que recoger la leña y poner el puchero de barro, descascara habas y guisantes, monda las patatas y los tomates y limpia los alcaciles. Prepara y aliña las olivas, enteras o partías y les pone romero y olivardilla, o las deja en sosa sin partir, y las guarda en una orza de barro para ir sacándolas con el cucharón de madera y sirviendo a la mesa. Hace conservas de pimiento, de tomate y prepara la *carne de membrillo*. En las cajas vacías de galletas o del dulce de membrillo ponían los hilos y botones.

Sale a barrer la puerta, a rujiar la calle con el agua del pozal, para amagar el polvo que los carruajes y coches levantan al pasar, y recoge el estiércol de las caballerías, porque le sirve de abono para las macetas, para los lirios y rosales, para los macetones que pondrá el día del Corpus en el altar preparado en la puerta de su casa, en el que se detiene la procesión.

Ella tiene que hacer todos los días la cama con el colchón de borra o de lana, moviéndolo durante un buen rato, a pesar del dolor de espalda. Y debe sacar la lana cada cierto tiempo, lavarla y ponerla a secar en el patio. Los vellones de lana de las ovejas los tenían que untar con greda para quitarles la grasa que llevaban. Se lavaba la lana en las acequias o en el caño de los motores de pozos artesianos. Después se abría la lana, bufada, para meter en la funda del colchón. También se hilaba la lana para hacer cobertores, en el huso formado por un palo y dos cañas. En los telares se hacían en dos mitades y después las cosían a mano. Estaban también los llamados *cobertores de ahorro*, porque llevaban algodón y lana. Las sabanas se tejían: las recias, para encima del colchón, eran de algodón. El ingenio se les agudizaba para poder sobrevivir: les daban la vuelta a los vestidos y chaquetas para continuar usándolos, y fabricaban colchas de tiras con restos de retales como cubierta para encima de la cama.

Sacude en el patio las colchas y mantas, lava la ropa en agua caliente, en los pesados *cocios*. En ellos introducían la ropa con jabón e iban cambiando el agua, y una vez en remojo varios días se echaba la ropa en la pila para volver a lavarla y enjuagarla. Se hacía la colada una vez al mes o cada dos semanas, siendo la cantidad de ropa bastante considerable. Calienta el agua en la caldera de cobre, que mueve con ayuda de una cadena y una palanqueta para apartarla del fuego. Refiriéndose a una mujer honrada, trabajadora y curiosa, una copla popular dice:

*Voy a echarme una novia
en las Canteras
que tenga pozo y pila
cocio y caldera.*

Se decía de la mujer que era *apañaica*, porque enjabega con cal las paredes de la fachada, y pinta los zócalos del interior con azulete, y barre el suelo de tierra de la casa, porque el suelo de cemento o de loza era propio de las casas ricas. Almidona la ropa blanca y plancha con la plancha de carbón, que tiene que sacar a la calle o al patio, para ponerla al viento y que se enciendan los tizones. Sale a recoger la hierba (cerrajones y acelgas) para los conejos, prepara el pienso con harina de panizo para echar de comer a las gallinas, echa los desperdicios al gorrino y limpia las marraneras, recoge los huevos que han puesto las gallinas americanas, ordeña las cabras por la tarde para tener la leche preparada y venderla al lechero que vendrá a llevársela para venderla por los caseríos o en la ciudad. Y con el carretón, de rueda de madera, acarrea los cántaros de agua desde el aljibe comunal, o trae al pueblo los higos chumbos y las brevas para vender a las vecinas. También compra o siega una garba de alfalfa para alimentar a los conejos y limpia las cuadras y corrales con zotal y cal viva.

Ella coge los pichones del palomar, los mata y los despluma, para guisar un caldo con patatas y fideos, remedio dietético excelente para la convalecencia tras una enfermedad. Mata los pollos, pavos y conejos, arreglándolos para cocinar. Ayuda en la matanza del cerdo, cuando tiene lugar en diciembre, preparando las especias, limpiando los mondongos, ayudando a embutir al matachín, colgando en la percha las butifarras, longanizas y morcones, salando los jamones, y además hace el frito de sangre con cebolla, o el *revoltillo* de patatas, pimientos, *asaúra*, *richihuelas* y otras vísceras del animal.

Además le tocan los temas más desagradables: ella es la que amortaja al padre que ha fallecido, la que aseá y mueve al anciano padre que está a su cuidado, la que le *da de comer a mano*, la que ayuda a la vecina o a la hija cuando están de parto, preparando el agua caliente, las toallas limpias y las tijeras desinfectadas con alcohol para cortar la tripa del recién nacido.

Ella da de mamar al lactante, a veces hasta los dos o tres años de vida, y reza para no quedarse embarazada de nuevo, porque normalmente ya tiene una prole numerosa y no puede más. Por eso es analfabeta (pero sólo de leer y escribir), porque no tenía tiempo de lecturas, pero no lo es tanto como algunos hombres que acudieron a la escuela. Ella es analfabeta de letras pero no de sentido común y su inteligencia es especialmente amplia. Sabe más por mujer (transmisión genética) que por asistir a clase. Le enseñó la vida, y la mujer de esos tiempos aprendía de oído, cultivando la tradición, haciendo suyos los comentarios y enseñanzas de amigas más leídas, de maestras, de profesionales o de vecinos de la nobleza.

Además le queda tiempo para participar en la vida religiosa de la parroquia. Pertenece al Apostolado de la Oración, a las Hijas de María, a la Congregación de San Luis Gonzaga, a las devotas del Sagrado Corazón, y acude a adecentar la Iglesia. En algunos pueblos se eligen las *mayordomas*, que adornan, limpian el templo, lavan los ornamentos y tapetes de los altares. Ella es la que cuida del panteón familiar, donde reposan los restos mortales de sus padres o del hijo de meses que se llevó *el garrotillo*, la disentería o el sarampión. Lleva las flores al Camposanto y limpia la tumba de los seres queridos. Cuando vuelven a casa, el día de Todos los Santos, tiene preparada la *tostoná*, limpiando y desgranando las panochas de maíz que guardaba colgadas en la despensa. En la sartén, con la tapadera puesta, las explosiones de los granos parecen como si fuesen fuegos de artificio, y ese es el

festejo grande del día 1º de noviembre, porque ese día no se salía de fiesta, no hay baile ni se escucha música.

Por la noche espera en la casa a que regrese el hombre de la taberna o del casino, mientras que ella va cosiendo o bordando. No es dueña y señora ni de su propio cuerpo, porque se debe levantar al amanecer y preparar la comida al marido que se va a trabajar a jornal a la finca de los señores marqueses, o a trabajar en la carpintería o en la fragua, o porque sale en bicicleta a las 6 de la mañana para entrar en el Arsenal o *la Bazán* de Cartagena. Y también tiene que preparar el hato al zagal mayor, que está de aprendiz en la herrería o como mozo de recados en la tienda.

Y a veces el destino le castiga con un hijo minusválido, un retrasado mental o un tarado físico, y como no hay residencias ni casas de acogida, ni camas de colchones hinchables, ni artefactos para levantarlo y bañarlo, ella lo hace todo a base de manos y esfuerzos, y pasa al lado de la silla de anea donde está sentado ese niño y lo mira con ojos de madre, con compasión y cariño, temiendo lo que será de él cuando ella falte.

El corazón se le sale a veces por la boca, pero aunque no pueda más tiene que seguir, y se sienta en la mecedora y piensa en su juventud, en los novios que tuvo, en los versos y trovos que le piropeaban, en las miradas cómplices con aquellos mozos del pueblo cercano, y lee el *calendario zaragozano*, y sigue sufriendo en silencio. Y cuando todos duermen ella reza el rosario, y repasa las hojas de la parroquia, los recordatorios de defunción de familiares y vecinos, los recordatorios de comunión, las fotos de sus años jóvenes, cuando no se había marcado en su rostro y en sus manos la dureza del trabajo y la huella del paso de los años.

Hay poca comida pero ella engaña y dice a los hijos que ya ha comido, y se conforma con las sobras. No hay consumismo, nada se tira en la casa. Ella lo guarda todo. Los muebles son pocos y sencillos: el armario, la mesa de alas de pino de Canadá, la mesita del recibidor, algunos cuadros, los maceteros, el aparador y las cuatro sillas de asiento de anea, porque no pudieron llegar a la media docena.

Cuando no tiene otro remedio va a la modista a hacerse el traje para la comunión de la hija, para la boda del hijo o para el luto del padre. Pero sólo a que le hagan el corte del tejido, porque coserlo lo hará ella, que para eso aprendió, e incluso es la que corta y confecciona los pantalones, la chaqueta o la falda. Y además remienda, cose forros y le remete a los pantalones y faldas para que sean utilizados por los hijos menores.

Acude al horno, en las vísperas de Navidad, para preparar la harina, hacer la masa de los cordiales, mantecados y rollos de anís. Prepara el turrón de almendra o de chocolate, las bebidas de licores, de menta o café. Prepara las pelotas de relleno para que coma toda la familia el primer día de Pascua y todavía le da tiempo a oír la misa de Gallo del día de Noche Buena, a acercarse a besar el Niño Jesús, y pedirle por el hijo que está con *una pleura* desde hace semanas y parece que no *alea*.

Acude al templo con el misal y el velo. Se encarga de solicitar las bulas y las indulgencias plenarias que concede el Santo Padre. Pero también sabe vestirse de gala, de manola, con teja y mantilla, para acompañar a su patrón o patrona en la procesión. Camina devota tras el Palio con el Sagrario, que lleva el sacerdote y hace el Vía Crucis muy de mañana en la

Cuaresma, y va a encender su vela el día de la Candelaria, y a ponerse la ceniza el miércoles de Ceniza, y a rezar el rosario de la Aurora, al amanecer.

Le gusta guardar los botones de las camisas y los restos de pantalones viejos, hilos, sedas, retales de tejidos para remendar. Todo era aprovechable. El hombre guardaba púas, tornillos, candados, clavos, hilos. Era un verdadero reciclaje. Remendaban los sacos viejos, los capazos, las esteras de esparto. Se fabricaban las varas para coger la almendra, la oliva o la *garrofa*. Todos contribuían con su esfuerzo a la renta familiar. Era una economía de subsistencia, a veces complementaria de otras profesiones, pero esos ingresos significaban una ayuda extra, una paga extraordinaria para casar a la hija, para emprender un nuevo negocio, para hacer una plantación nueva, para comprar los dos celemines de tierra que lindaban con sus tierras, o para ir a veranear a Mazarrón o a las playas del Mar Menor como Los Urrutias, Los Alcázares o Los Nietos. A veces guardaban esos ahorros para los años malos, o para un caso de enfermedad del padre, que llevaría a todos a la ruina si el hombre no podía trabajar.

Se casa joven, porque la esperanza de vida es corta. La mujer es ya vieja a los 40 años y a esa edad no se permiten ciertas locuras. *Se guarda* en la casa, la hija ha tomado el relevo, y ella se coloca el pañuelo negro a la cabeza, las medias negras y el delantal, y deja de cuidarse. Se dedica a transmitir sus conocimientos y a cuidar de sus mayores que son ancianos. Guarda el luto al esposo fallecido. No pisa los portales de la casa hasta la misa de duelo al cumplirse el primer mes del fallecimiento, y lleva medias negras, blusa negra, falda negra, y pañuelo negro a la cabeza, al menos durante tres años o incluso toda su vida. Muchas mujeres se quedaban como mozas viejas (solteras), bien porque el novio había muerto y ya no volvían a entablar relaciones, o porque les había dejado por otra moza y una mujer *galanteá* por otro no la querían, e incluso ella por despecho hacia los hombres prometía no volver a mantener relaciones con nadie.

Por el fallecimiento del abuelo se guarda luto entero durante medio año, y medio luto (vestido blanco y negro) otros 6 meses. La radio se tapaba con un paño negro, y los visillos de las ventanas y postigos se ponían de tela de color negro con lunares blancos. La mujer conserva las esquelas de los vecinos y amigos que han fallecido, los recordatorios de las comuniones de los hijos de los vecinos, y en el libro de misa recopila montones de hojitas con jaculatorias, oraciones, recortes de periódicos y estampillas de santos y vírgenes.

La mujer ha tenido un papel fundamental en la propagación de la doctrina católica. Normalmente el hombre campesino es creyente, al menos temeroso de un Dios que no tiene nada que ver con la Iglesia y los curas, pero no le agrada demasiado el asistir a los oficios religiosos. Eso es cosa de mujeres, de beatas. El hombre va a la misa de Noche Buena, a la de Año Nuevo, y a la fiesta del patrón o la patrona, y pare usted de contar. La esposa es la que, una vez que ha dejado en orden la casa, y la cena puesta al marido (que se va a la taberna, al ventorrillo o al casino), se va a misa de siete, con el velo puesto y la chaqueta de manga larga, aunque sea verano, porque eso significa un respeto a la casa de Dios. Entre ellas es frecuente la vocación religiosa, se entrega a veces al servicio de Dios, a la vida conventual o misionera, lo que supone una alegría para algunas familias y menos para otras que ven cómo se acaba el linaje al ser su única hija y adoptar el celibato. Participa en Cáritas



Procesión en la Pinilla.

Parroquial, renueva el ropero parroquial para repartir a los necesitados, va a poner flores en el Altar Mayor, instala el Monumento en Semana Santa y entona los cánticos habituales en la misa.

Su papel es conciliador, actuando como árbitro. Interviene en los tratos, es mediadora, poniendo paz entre los enfados del marido por los linderos con los vecinos. Aconseja al marido sobre la venta de los corderos o sobre la venta de una casa o de las tierras. Compra retales y lencería a los vendedores ambulantes, quincalleros; compra y vende huevos, pollos o conejos al recovero, sale al oír el vocerío del *pescaor*, a que el *afilaor* le afile los cuchillos y navajas y le repare el paraguas de tela negra. Ella es la que sigue y mantiene las tradiciones: el almanaque de la Sagrada Familia, el barómetro del fraile, los refranes, las coplas de la siega, y tiene en lugar preferente la Cruz de Caravaca en bronce, que se abre cuando el tiempo está de lluvia. Le echa petróleo al quinqué, le pone la torcía y prende la mecha con los fósforos. A la luz del quinqué, en la mesa de camilla, repasa las lecciones con los hijos.

Y los domingos por la mañana, después de misa de doce, el marido la invita en el bar o en el casino a tomar un aperitivo, un vermouth con gaseosa, o una limonada con aceitunas, almendras y torraos. Es raro que vaya a veranear, pues pocos disponen de casa en la playa o de dinero para alquilar una vivienda en Los Alcázares o Los Urrutias. En el carro o la

tartana, con todos los chismes y utensilios, van a bañarse, a hacer el novenario. Con los bañadores hasta los tobillos, se cambian de ropa en las casetas del balneario de San Antonio de los Alcázares, y bajan por las escaleras hasta que el agua les llega al cuello. No harían nada que despertara las bajas pasiones en los hombres.

La mujer campesina es recelosa, abre los ventanales y se asoma a través de los postigos, sobre todo en los caseríos aislados. No confía en los forasteros. Cuando llueve, si comienza un chispeo o a mollinear, sale a recoger la cáscara que tiene extendida sobre la baldosa, a tapar las almendras que estaban secándose en la vertiente o en la era. Es *una mujer de su casa*. Está dispuesta a satisfacer cualquier necesidad del marido, sacrificada en aras del esposo y los hijos; todos tiran de ella. El hombre le llama y manda: pon esto, tráeme aquello, acércame la pelliza o el sombrero. Ella está atenta a los deseos del marido. Y a veces soporta los malos tratos, golpes y vejaciones, sin quejarse a nadie, porque entonces no había teléfono de la esperanza ni servicios sociales que atendieran su llamada de socorro. La mujer suele comer sola en casa, con los hijos pequeños, pues el *marío* está en el tajo, trabajando, y la cena sí que la hacen todos en común (*encebollao*, trozos de bacalao, *fritá* de patatas al ajo cabañil, fuente de *bolicas* de pimiento fritas).

Se pasa el día trabajando. Lijan los muebles de pino Canadá, y les dan aceite de linaza o petróleo, para conservarlos. El Sidol para dar brillo a los objetos de cobre o bronce, manivelas y picaportes de puertas metálicos. La greda para quitar las manchas de aceite (la greda era una piedra que se echaba en agua y se mojaba la ropa con ese líquido, dejándolo secar al sol y limpiándolo después). Limpian con limón y ceniza los cacharros de la cocina. Con la bayeta friegan el suelo, con las mangas remangadas, hincadas las rodillas sobre el húmedo suelo. Pero la maceta de albahaca, *alhábega fina*, siempre estaba en un rincón de la casa. El suelo de las casas más humildes era de tierra y lo barrían, y el zócalo de las paredes lo pintaban de almagra (rojo) o azulete (añil).

Las palmas que se habían llevado y bendecido el Domingo de Ramos las colocaban en la ventana de la casa o en la parte superior de la puerta principal durante un tiempo, hasta que se secaban. Era signo de bendición, de protección divina y de respeto a algo bendecido. Al igual que los ramos de olivo, o los *rollicos* de San Antón, que aunque estuviesen duros no se tiraban porque tenían el signo de bendecidos.

El pan no se tira, se besa y se da en la mano, decía la madre al mozalbete que lanzaba el trozo de pan a la hermana, que se lo pedía durante la comida. El pan duro servía para las sopas de la mañana y de la noche, o para hacer migas en los días lluviosos. También se freía en la sartén para untar con manteca o pringue de la matanza del cerdo. Una *torrá* o rebanada de pringue con un vaso de leche era el desayuno para muchos niños. La madre ordeñaba la cabra y la leche la hervía tres veces, por aquello de las maltesas. Si tenían rebaño, se guardaba alguna zamarra de cabra o de oveja, para ponerla como estera y abrigarse los pies o también las ponían como adorno encima del arca. Salían a comprar una o dos *medias* de leche a los lecheros que iban con sus cuatro o cinco cabras por las calles del pueblo y los caseríos.

En la zona pesquera la mujer no comparte las faenas de la mar, se quedan en la casa. Echan algunos jornales en el campo o sirven en las casas de los veraneantes durante las

vacaciones, para engordar los ingresos familiares. A veces ayudan a desenmallar los pescados cuando los pescadores traen las redes con abundante captura. En la zona minera, aguardan temerosas que un día suene la sirena de la mina, y le avisen de que un barreno ha sepultado a su esposo en las tinieblas de la profunda galería.

Para el frío estaba la mesa de camilla y el brasero de carbón o de leña, o se calentaba agua y se echaba en una botella de cristal, poniéndola a los pies de la cama para quitar el destemple. También se pasaba la velada al pie del hogar o chimenea de la cocina, que al mismo tiempo que se mantenía el fuego encendido para cocinar servía para calentarse.

En la matanza, las muchachas jóvenes untaban a los matachines de hollín, y éstos les respondían untándoles con sangre. Se va comiendo y bebiendo, y se le gastan bromas a los mozos, poniéndoles una morcilla rellena con ñoros y pimienta. Después, la mujer prepara una *fritá* de sangre con cebolla, para que coman los participantes en la matanza del chino.

En la Navidad, la cuadrilla ronda los caseríos y las mujeres abren la puerta principal de la casa para que canten alguna copla y tomen algo, un vino dulce, un licor de café o una copa de brandy y algunos postres caseros: mazapanes, turrón de almendra, duro o blando, mantecados, suspiros, cordiales de almendra, rollos de pascua. Se saca la bandeja donde ha colocado los dulces y turrones sobre una servilleta blanca bordada o un papel especial de fantasía, de *oripel*. La cuadrilla le cantaba algo a la familia:

*A esta casa hemos llegado,
todos con gran alegría
a pedir el aguinaldo,
a Perico y a Lucía.*

La mujer no es *trovaora*, no improvisa, pero probablemente ha sido una figura esencial para la conservación de esta tradición oral, porque ella memoriza, recuerda y repite a sus hijos y nietos los trovos que ha oído de boca de sus padres y abuelos. Muchas mujeres son grandes aficionadas al mundo del trovo, como le ocurría a la madre de uno de los más grandes troveros del Campo de Cartagena, Ángel Roca, y a la que el famoso José María Marín le hizo una quintilla durante una velada en Miranda, estando ella embarazada de seis meses. El trovo era una forma de entablar relaciones, de poder acercarse a la moza por la que se desvelaban los jóvenes. Era frecuente que muchas de las misivas de los pretendientes no fuesen en prosa sino que consistían en versos, cuartetas o décimas, hechas por ellos mismos o encargados a expertos en este arte poético.

En el mes de junio, la madre saca los trastos viejos: sillas rotas y trapos usados, no muchos porque había poco para tirar, y la víspera del día de San Juan los echan a la hoguera. En la víspera de San Juan, al amanecer, echan un huevo partido en un vaso largo lleno de agua, y se va formando como una especie de barco (la yema simula el casco de la barca) con las velas (la clara del huevo asciende hacia arriba formando filamentos). Las viejas saben hacer adivinaciones, por ejemplo si la soltera o viuda se va a casar, cómo va a ser el novio o el esposo; tirando el zapato hacia atrás de la embarazada, según caiga hacia abajo o hacia arriba, nacerá un chiquillo o una niña.

Muchas mujeres son curanderas y curan las *quebrancías* de los lactantes, enfajándolos con vendas, usando barro y rezos. Una mujer con gracia quita el mal de ojo y el aliacán,

y no solía haber hombres que se dedicasen a estos menesteres. La mujer campesina es muy supersticiosa: si se le caen las tijeras abiertas es signo de mala suerte, al igual que si entra un abejorro negro en la vivienda o si se le derrama el aceite o se le cae el salero. Si el abejorro es de color rojo es que va a haber visita. Trae mala suerte cruzarse con un gato negro, dar vueltas al paraguas o a una silla, o pasar por debajo de una escalera abierta. A los recién casados se les daba sal para desearles buena suerte. No era bueno sustituir la primera cama de matrimonio. Si canta un mochuelo por la noche en algún árbol cercano significa algo grave, era un anuncio de enfermedad o de la muerte de alguien de los alrededores.

LA MUJER TRABAJADORA FUERA DEL HOGAR

Era mano de obra barata. La mujer campesina no sólo trabajaba en el hogar, incluida la crianza y cuidado de la prole, sino que hacía otras faenas extras en lo que constituye la empresa familiar agrícola, y en ocasiones trabajando por cuenta ajena, aunque sea por temporadas. La mujer recoge algodón, tomates, pimientos, guisantes, habas, y también ventea la paja en la era. Hace de matarife junto al marido, y si el negocio familiar es el horno de panadería o la abacería, ella está en la tienda o despachando.

Si el marido es arriero y está enfermo, ella coge el carro y se va hasta la Unión para transportar mineral hasta el lavadero. Varea y recoge almendra, la descascara y la extiende en la vertiente para ponerla a secar. También baja a la lonja a Cartagena, a vender las hortalizas, a comprar comestibles para la tienda, y se encarga de la posada y el ventorrillo, aguantando malas frases e impertinencias de los arrieros y trajinantes, de los comerciantes y tratantes que se hospedan en el lugar. Vende pescado, hortalizas, cose *pa fuera*, y de esta forma se busca sus *perrillas*, disponiendo de ahorros para poder gastar en lo que se le antoje, caprichos (pocos caprichos), pero alguna crema de belleza, alguna sortija o una cadena de oro con la medalla de la Virgen de la Caridad.

Era de poca categoría trabajar en los bancales, indicaba poca clase. Pero las mujeres humildes tienen que hacerlo porque no hay forma de sobrevivir, y esos pocos jornales le ayudan a mejorar algo la vivienda, a poner un suelo nuevo, a poner azulejos en la cocina o a comprar el escaso y rudimentario mobiliario que le hace el carpintero del pueblo: una mesilla de noche, una platera, un cucharero, para colocar la mano del almirez.

Participa en la vendimia recogiendo la uva, confeccionan las alpargatas, va a echar unos jornales a los almacenes de envasado de habas y guisantes, o a los almacenes de partidores de almendra, y también en algunas industrias que se inician en la posguerra como los talleres de rodamientos Jeco del Albujón.

El sol, el viento y la lluvia les iban marcando. Y por si fuera poco se han visto humilladas en ocasiones por los señoritos y amos, pues trabajando de criadas en las casas se veían obligadas a veces a otorgar sus favores a estos pudientes. Al igual que sucedió con algunas mujeres de prisioneros de guerra, encarcelados, que se vieron forzadas a situaciones degra-



Mujeres en el secadero de pimientos. Años 50.

dantes y a un menoscabo de su dignidad en aras de intentar lograr la libertad del esposo o al menos que no fuese fusilado.

LA MUJER EN EL ARTE DE LA SEDUCCIÓN

Pero aparte de estos *padeceres* y sufrimientos, todavía le quedaba tiempo para ponerse guapa en las fiestas y lucir su belleza natural, utilizando cosméticos caseros, como miel, limón y aceite de oliva. Para ponerse en la cara utilizaban una mezcla de glicerina con limón y botones de nácar, que introducían en una botella. Utilizaban brillantina para el pelo, glicerina para suavizar las manos y a veces greda. El jabón casero, para lavar la ropa y para uso personal, lo hacían con sosa, agua y los *turrios* que quedaban de la molienda del aceite. Pocas pinturas de labios y ojos utilizaban, a veces el arrebol de los geranios les ponía el color sonrosado que les hacía aparentar buena salud. No estaba bien visto el uso de pinturas, puesto que los hombres preferían los colores naturales de la piel.

Siempre ha sido seductora, ha estado en su papel femenino, pretendiendo gustar, ser objeto de atención. Pero la mujer campesina ha sabido estar en su papel atractivo, dándose al hombre en la justa medida. Era arriesgado acercarse a una mujer para intentar rozarla y

menos con la intención de darle un beso. Un soneto de Pepe Blázquez, natural del Campillo de Fuente Álamo, dice así:

*Fingíome una mujer que me quería
y yo la amé a mi vez con tal exceso
que a sellar nuestro amor fui con un beso
creyendo realidad cuanto fingía.*

*Cuando dar aquel beso pretendía
sorpredíome el más trágico suceso,
de una gran bofetada sentí el peso
que sobre todo mi rostro recaía.*

*Cual recuerdo fatal, me queda el daño,
que aún conserva mi rostro dolorido,
pues jamás bofetón de tal tamaño,
en el tiempo que tengo he conocido
Aunque siento tan solo el desengaño
y el tiempo que adorándola he perdido.*

La mujer guapa siempre ha sido admirada, era toda una señora, *una mujer de bandera*, dicen algunos hombres en recuerdo de alguna belleza de su época joven. La cortesía, el piropro elegante y comedido, el respeto, la admiración por la gracia, por la belleza serena o por la gracia en el bailar o tocar las castañuelas (postizas) eran principios éticos en los jóvenes galanteadores de esa época. Eran centro de admiración, atractivas y deseadas, porque costaba sudores y lágrimas el llegar hasta ellas. Para que una mujer se dignase hablar con un joven, debía éste demostrar su hombría y caballerosidad. Por supuesto que siempre ha habido excepciones y algunas serían más accesibles que otras, pero la tónica general era de recato.

Los troveros aficionados, que había muchos en estos campos cartageneros, tenían a mano siempre una inspiración para una belleza femenina. Los pretendientes, si ellos no eran capaces de hacer una rima, le encargaban a los más adiestrados en el arte que les compusieran algunas cuartetos, quintillas o décimas, elogiando a la mujer de sus sueños. El célebre José María Marín, el rey del trovo, componía estos versos:

*La encontré en el cementerio
orando sobre una fosa
feliz el muerto a quien reza
una mujer tan hermosa.*

*Dichosa el alma, dichosa
dije, del mortal aquel
que en esa tumba reposa
cuando así llora por él
una mujer tan hermosa.*

Un precioso soneto, recogido en un libro de José Blázquez del Campillo de Fuente Álamo, dice:

*Mirándome en tus ojos pasaría
toda una eternidad si la viviera,
mas siendo yo mortal, mi gusto fuera
morir entre tus brazos vida mía.*

*Si cifrara en tus besos mi agonía
a tu merced mi vida depusiera,
pues cuanto tengo y por tener pudiera
tan solamente a ti, lo entregaría.*

*Todo lo haría por ti, pues cada hora,
por ti siento crecer mi amor primero,
y a una mirada tuya, seductora,
entregado a tu amor me desespero,
por un vivo deseo que me devora
de probarte lo mucho que te quiero.*

La mujer campesina sabe bailar, mejor que nadie, las jotas, sevillanas boleras, sevillanas de a tres, y se pone el refajo bordado por ella y va a lucirlo en las fiestas del patrón. Y baila cuando la Cuadrilla de Fuente Álamo toca el bolero, y cuando la familia Leandro iba enseñando por los caseríos ese baile, típico de aquella zona. Sabe tocar las castañuelas y bailar malagueñas y parrandas. Sabe tocar la guitarra y el acordeón, aunque no suele formar parte de grupos musicales ni de Cuadrillas de Pascua. En El Jimenado hay una imagen gráfica de un grupo de mujeres tocando la guitarra, formando parte probablemente de un grupo de animación. Cuando puede ojea alguna de esas revistas de moda como el Blanco y Negro, que recibe la señorita de la casa en la que sirve, y allí lee cómo hay que maquillarse con nuevos productos cosméticos o cómo adelgazar o hacer que sus senos adquieran más firmeza.

La mujer se ha considerado siempre, al menos por la doctrina cristiana, como la culpable de muchos de los males acaecidos a los hombres. La serpiente, el paraíso, el pecado original, la manzana y Eva, estaban presentes en las enseñanzas religiosas. Ella es la que tienta a Adán a probar del fruto prohibido. El hombre era infiel, pero eso no tenía importancia en la cultura machista de la época. La mujer, por el contrario, estaba destinada en esos casos a la murmuración y al escarnio de los vecinos. Las infidelidades quedaban recogidas en coplas populares como la siguiente:

*La mujer que yo quería
me engañó con mala sangre
yo la perdoné, era buena,
la culpa fue de su madre.*

Eran frecuentes las coplas de galanteo, de desplantás, (*la ha dejao plantá*, decían cuando el novio se había ido con otra), o se ha *apañao* fulano con fulana. Un refrán popular oído en La Aljorra dice así: *El hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo, fu, y sopla*.

El teatro era una de las actividades preferidas de la mujer campesina. Era raro el pueblo en el que no se había formado un grupo de aficionados que preparaba algún sainete o comedia, sobre todo de Alfonso Paso o Carlos Arniches, los hermanos Álvarez Quintero, y se hacían sus decorados, montaban el espectáculo y lo llevaban también por los pueblos de los alrededores. Sin embargo en otras artes como la pintura, escultura o literatura es raro que se encuentren mujeres que hayan destacado dentro del mundo rural. Había excepciones, como la poetisa María Cegarra, de la Unión.

LA MUJER VIUDA Y ANCIANA

Una vez viuda está mal visto que la mujer salga a las fiestas, todo lo más se acercaba a misa. No suele estar hablando con hombres, a pesar de que muchas viudas jóvenes son asediadas por pretendientes, bien solteros o viudos, que le ofrecen una vida distinta, pero ella conserva el recuerdo de su marido, muchas veces por el qué dirán.

O se dedicaba a santurróna, como Mariana la Santa de la Puebla, que estaba ciega y tenía todas las paredes llenas de estampas e imágenes de santos, se pasaba el día rezando, y dirigía todos los rezos en los velatorios, o era partera o comadre de parir, como Dolores Gambín la Balaguera, de la Puebla.

La mujer anciana estaba apartada de las tareas domésticas, dedicada sobre todo a los recuerdos, a hacer algunos recados, a zurcir calcetines, coser botones, remendar, para entretenerse, porque era triste mantenerse en el ocio y que el pensamiento se volcase hacia los pocos días, meses o años que le quedaban de vida. Ser una inútil era su desesperación, con sordera y la visión casi perdida, con la mala memoria y múltiples achaques. La *anciana joven* de aquella época estaba condenada a la mecedora y a “*empotrarse en la cama*”.

Acude a los velatorios y los entierros, a la misa diaria y a las novenas, acercándose cada vez más a la religión que le predica el camino hacia la vida eterna, que ella ve cada día más cercana. La demencia senil, la trombosis, las piernas que no le valen para sostenerse; era el triste final de una vida de luchadora. No había Residencias-hoteles de ancianos, no había camas articuladas, ni colchones antiescaras, no había cuidadoras a domicilio por turnos de 8 horas. Ellas deseaban acabar pronto, con su miedo a sufrir dolores, por no dar briega a las hijas o nueras. Ya poco les unía a este mundo, porque mientras que su hombre vivía estaba entretenida, y parecía que su papel en esta vida no había acabado, pero después de enviudar ya no era nadie, ni decidía ni opinaba.

La mujer anciana era un estorbo, pero se mantenía en la casa familiar. El hijo o la hija no la llevaban a un asilo, a pesar de que ella renegase diciendo que era el sitio donde estaría mejor para no ocasionarles problemas. La mujer anciana moría en su cama de palillos, en su casa, junto a los suyos, agarrada a la mano de los hijos, arropada con la visita de sus amigas y vecinas, acompañada de la foto del marido premuerto en la mesilla de noche, rodeada de

sus recuerdos, desmontando en su subconsciente las miserias y grandezas pasadas, lo que sólo ella conocía, sus secretos de mujer. La mujer en la ancianidad, etapa final de una alegre y mísera infancia campesina, aquella que había vivido una vida de sacrificio como niña, como joven, como madre y como esposa, veía que sus días de esperanza estaban agotándose, y a veces no le quedaba ni tiempo ni lugar para terminar su existencia en paz.